

# I

Allí estaban todos.

Había suficientes marilines oxigenadas y con su lunar en el lugar más tentador como para llenar todos los cajones de deseos eróticos de los amantes virtuales de la Monroe. Había un espantoso hombre elefante, varias mujeres palaciegas del siglo XVIII, con escotes amplios, una cuadrilla de hombres de Atapuerca vestidos como debe ser y no con chaqueta y corbata como los solemos ver en cualquier cafetería. Había también danzarinas orientales, soldados de cualquier época, Napoleones, un hombre tortuga, un fontanero de los que provocan infidelidades, acompañado de la mujer infiel. Algunos centuriones llevaban sometidos y encadenados a varios galos, entre los que estaban decenas de Obélix, con unas tripas prodigiosas...

No era tiempo de carnaval, incluso la Semana Santa había pasado con holgura. Pero estábamos en Madrid, y Madrid celebra lo que sea cuando les da la gana a sus habitantes. En este caso, una asociación de publicitarios había convocado un baile de disfraces que, por muy extemporáneo que fuera, no había provocado ni rechazo ni extrañeza en los invitados. Todos ellos eran del gremio de los convocantes, o similares. Por ejemplo, había usuarios de la asociación de limpiamoquetas de Valladolid.

El baile tenía lugar en el Círculo de Bellas Artes, una de las pocas instituciones de la sociedad civil que sobrevivía sin depender de la caridad pública. Eso, en teoría, porque sin subvenciones no habría aguantado como lo hacía, manteniendo muy alto el nivel de calidad de sus actividades. Tan alto que había catalanes que lo celebraban diciendo:

—¿Pero esto se hace en Madrid?

Allí estaba todo el mundo.

Y Maribel, por supuesto, que iba vestida de algo que exigía que alguien, fuera quien fuera, le preguntara, y la respuesta era: mujer con la cabeza a pájaros. El disfraz estaba maravillosamente confeccionado, con sus pajaritos enredados en un alambre que culminaba su peinado prodigioso. Lo malo era que Maribel gastaba mucho tiempo en explicárselo a todo el que lo solicitara. Nadie le preguntaba sobre lo mío, pero ella lo explicaba, de todas formas:

—Julio va vestido de monje rijoso, de esos que venden en las tiendas de las estaciones de servicio de Castilla La Mancha. Tira de esta cuerda y verás.

El interpelado obedecía, y mi túnica confeccionada con tela de arpillera, se abría dando paso a un enorme y repugnante falo de cartón piedra.

A la decimocuarta vez que se repitió la operación, yo dejé de ponerme colorado. Y dejaron de importarme los lamentos de hombres que pedían excusas a sus mujeres por no dar la talla, y los gritos histéricos de alguna de esas mujeres que decía que con algo así en casa su matrimonio no se habría deteriorado ni un ápice.

Todo muy divertido.

Mucho más divertido todavía si se tiene en cuenta que yo sólo odio más que los disfraces las funciones anuales de los colegios y las películas francesas intimistas de los años 50 y 60, sólo superadas por algún prodigio aislado, como «Cuerno de cabra», esa obra maestra de un búlgaro, llama-

do Metodi Andonov, que convertía en glamour todo lo que tocaba. Nada que ver con Resnais y otros, empastillados con el cine de acción.

A todo lo malo se sumó el hecho muy relevante para mí de que el jurado me eligió ganador. Y tuve que hablar desde el estrado, para una televisión local. La encantadora periodista que daba la noticia escondida detrás de un enorme micrófono decía:

—Y para que nadie dude sobre las maravillas que se pueden encontrar en Saconia, vean lo que esconde esta humilde vestimenta que lleva, ¿cómo se llama usted?

—Gabriel González —improvisé.

Escondí mi nombre en un reflejo de pudor. La cara no me importaba porque sabía que nadie se iba a fijar en ella vestido como iba.

El nombre fue, como ya he dicho, improvisado. Tenía la dosis justa de vulgaridad, y la mezcla de Gabriel y González, como la de Julio y Gálvez, era verosímil. Lo de Saconia no, porque Maribel vivía en ese barrio desde el momento en que me arrojó de su vida a las tinieblas exteriores, aunque para ser justo siempre me acogía cuando me encontraba en una situación apurada, como era el caso. Saconia era un barrio de progres, lo que favorecía una actitud de participación social muy superior a la media. Es decir, que Maribel era carne participativa de carnavales, funciones de bienvenida a la primavera y todo tipo de actividades solidarias con las mujeres del tercer y cuarto mundos. Y porque no había más...

Maribel y yo habíamos sido pareja muchos años antes. Y a pesar de que vivimos una separación tan dura como es exigido en una pareja que se quería, seguimos siendo capaces de querernos un poquito. Ella me recibía en su casa cuando yo lo necesitaba, que era más veces de lo debido y de lo exigido por la higiene.

Ella había ido evolucionando con la edad y la falta de pareja estable a un ecologismo radical y bondadoso. Era lo que ahora se llama una animalista que odiaba las corridas de toros más que a su exmarido. Pero esa tendencia suya tenía algunos efectos perversos para el mundo. Por ejemplo, se había enterado de que los desodorantes usaban en su proceso de fabricación algún tipo de cría de ratoncito de Tailandia. Eso le hacía no usar semejantes artilugios. Y ella, que practicaba una higiene personal que parecía propia de un loco obsesivo, empezaba a las horas de la tarde a exhalar un aroma nada agradable porque no se había podido duchar en casa a mitad de jornada. Yo no sé cuanto influyó en ella mi insistencia en que usara desodorante. Es muy posible que esa insistencia generara una actitud de rechazo que yo no había previsto. También es posible que ella usara ese no uso para espantarme cuando me ponía pesado, que tengo que reconocer que a veces pasaba.

Yo era un representante típico del capitalismo imperialista, con el único problema de que pasaba una racha regular que hacía que mi cuenta corriente estuviera a cero, que no tuviera casa propia, porque en la España del 2016 los anticuados propietarios de pisos exigían que se les pagara todos los meses, y tampoco podía presumir de un trabajo de los que le dan a uno el derecho al uso de deportivos color rojo y mesas en restaurantes de carne japonesa masajeadas antes de ser asesinada por cuidadores exquisitos.

Ya en el estrado todo transcurrió dentro de la más aburrida de las normalidades, que es como me gusta a mí que transcurra la vida. Maribel triunfó, a pesar de que yo hubiera alterado mis datos. Me besó como si todavía me guardara algún cariño, y a partir de entonces se dedicó a pasear su propiedad, que era yo, e impedir que cualquier otra mujer tirara de la soga. Pensé que sería por celos, pero debía estar equivocado, porque cuando la situación de tirar

de la cuerda la provocaba ella, no había tensiones, sino un regocijo abierto.

Yo me sentía muy ridículo con el trofeo que me habían entregado, una copa como de haber ganado el descenso en piragua del río Guadarrama cerca de Navalcarnero. En la otra mano llevaba bien apretujado el diploma que certificaba que había ganado el primer premio del concurso de disfraces organizado por la Asociación de Creativos Publicitarios de Madrid, conocida por su acrónimo ACREPUMA, que reunía a los presidentes de las compañías más importantes del sector y a los cientos de parados que intentaban abrirse paso en ese mundo de «fantasía y rigor», que según el jefe de ACREPUMA era la publicidad.

Sé que la definición era suya porque me lo dijo al bajar del estrado:

—Gálvez, muchas gracias por el homenaje.

Quien me decía eso era un hombre de unos sesenta y cinco años, de estatura mediana, que es como los bajitos definimos los 165 centímetros, y la cara casi cubierta por pelo de color rojizo. Era fornido y lucía una sonrisa muy seductora. Al oírle, puse tal cara de perplejidad que no tuvo más remedio que explicarme lo que sucedía, aunque eso le quitaba a él algo de importancia.

—Me refiero a que has usado, perdona que te tutee, mi nombre para recoger el premio. Aprovecho para presentarme, soy Gabriel González, y como habrás deducido por mi acento, argentino. Para más señas, porteño. Ya te puedes ahorrar la mitad de los chistes sobre argentinos, porque me los sé todos, y alguno de ellos lo he inventado yo. Si alguna vez tienes una duda al respecto me llamás y lo comprobás.

Desde luego Gabriel controlaba mucho más de lo que yo me hubiera podido imaginar. En su discurso había entremezclado expresiones porteñas con otras perfecta-

mente castellanas. Entre su exhibición y mis perjuicios racistas, habíamos construido un perfecto impostor. Bueno, lo dijo él:

—Gálvez, no ignorás que la publicidad, aparte de ser una mezcla de rigor y fantasía, es un oficio de impostores, y yo soy uno de los mejores del mundo, sin exagerar, o exagerando un poquito. ¿Tenés libre el almuerzo de mañana lunes? Creo que puedo hacerte una buena oferta de trabajo. ¿Cómo andás de laburo?

Yo pasé lista a la multitud de relaciones laborales que tenía. La de mayor estabilidad era mi colaboración trimestral con la revista *Hasta luego*, una publicación dedicada a todo lo que tuviera que ver con la muerte. Sobre todo, a los aspectos culturales. Para ser honrado debo decir que no me acordé de nada más. Y ahora, cuando lo escribo, tampoco.

Gabriel tuvo la bondad de no enumerar los ejemplos que le di. Es cierto que era fácil, porque a mí me salía sólo uno y a él seguramente lo mismo.

Buscó en el bolsillo que llevaba, para mi sorpresa, en la pechera de su disfraz de romano, y me dio una tarjeta de visita. No la miró antes de entregármela, pero yo sí lo hice, y ponía:

Gabriel González

EXPERTO

Mi cara de perplejidad llamó su atención, cogió la tarjeta y le dio la vuelta:

—Perdona, Gálvez, ya se ha colado entre las demás. Es una tarjeta de broma. Aunque eso sí, lleva mis datos auténticos de dirección y de teléfono. Pero no hace falta que me llames. Ve derecho a La Tavernetta, en la calle Orellana, pregunta por Angelo que es el jefe, y que te lleve a mi mesa. A las dos y media. ¿Alguna duda?

—No —tartamudeé—, está todo muy claro, menos para qué te voy a interesar yo desde el punto de vista laboral.

—Vos me interesás como copy. Has tenido varios rasgos de un tipo de ingenio que podría venirme bien en algunas de las campañas que tenemos en marcha.

—Pues eso no es nada —dije llevado por una euforia absurda—, ya verás de lo que soy capaz con un poco de preparación.

—Ni se te ocurra, Gálvez, no prepares nada. Lo tuyo es repentizar.

Y me dio la mano para despedirse. Antes de que hubiera acabado el apretón había empezado a marcar un teléfono que apareció en su mano izquierda, y en el que era capaz de marcar los números mientras sujetaba una espada.

Gabriel se dio la vuelta y se fue. Inmediatamente, como si hubiera hecho cola para hablar conmigo, apareció Maribel, que comenzó un interrogatorio exhaustivo que pude parar provisionalmente con la excusa basada en datos reales de la urgencia de ir al mingitorio que me había entrado. Maribel aprovechó para decir:

—Pues verte mear con ese aparato debe valer la pena. Te acompaño.

—¿Y si nos ve alguien?

—Diré que tengo la cabeza a pájaros —y se señaló el espléndido grupo de aves que se balanceaban sobre el alambre como en la canción infantil de los elefantes.

Cumplió su amenaza y me llevó hasta el lavabo de caballeros. En uno de los huecos fabricados por el señor Roca me coloqué componiendo una postura inverosímil. Tuve que echarme al hombro derecho el miembro de cartón piedra como si fuera un fusil, y del revoltillo de debajo sacar mi miembro auténtico para hacer pis.

—Entenderás ahora que no te deje pasar nunca al baño. No sólo es una cuestión de civilización.

Maribel no contenía las carcajadas y me preguntó:

—¿Quiere usted, señor monje, que haga un bisbiseo para que entren las ganas?

Rechacé su generosa oferta, y la de un gay militante que entró en la sala antes de que acabáramos, al que conocía de haber tomado alguna copa nocturna, lo que nos daba una confianza tremendamente relativa pero suficiente para hablar así:

—¡Ahí afuera no hay más que miserias! ¿Tienes algo que ofrecerme?

Iba disfrazado de Marilyn Monroe. Tan bien que yo la habría seleccionado como la mejor Marilyn de la fiesta. Su intervención me cayó muy bien y eso hizo que no tuviera urgencia para marcharme. Gasté unos segundos en dejar el trofeo entre dos lavabos, y colgué el certificado de mi gloria impostora detrás de una tubería vertical de las que surten de agua cada puesto de mingitorio.

Maribel y yo nos marchamos otra vez para ocupar de nuevo nuestro sitio entre la multitud, consiguiendo a duras penas volver el gigantesco falso prepucio a su lugar bajo la tela de arpillera, con la inestimable ayuda de Guillermo, que así se llamaba el intruso, que cuando empujaba al objeto de nuestro desasosiego dijo:

—En estas cosas siempre hay que buscar expertos. Yo sé manejarme muy bien con tamaños de tu estilo.

Era un encanto Guillermo, pero no se por qué pensé que no teníamos tiempo ni para hablar de esos asuntos ni para contarle que ya había alguien en la sala que presumía también de ser un experto. Maribel, que era un prodigio para las relaciones sociales, tuvo la habilidad de arrancar un trocito de mi diploma y escribir al dorso nuestro teléfono, o perdón, el suyo, aunque con los dos nombres. Yo no tenía mi mejor día para las relaciones entre grupos de distinta tendencia y le dije una estupidez del calibre quinientos:



—Pero no te hagas ilusiones.

Él tenía evidentemente lo que González llamaba capacidad de repentizar:

—No te preocupes, Gálvez, sé perfectamente que es de cartón piedra.

La marcha hasta el centro del barullo, donde yo esperaba encontrar algo de intimidad, fue muy dificultosa. Tanto como era de esperar y más de lo que yo esperaba. Maribel echó mano de un truco repugnante que le hacía reír satisfecha de su ingenio: sacó mi falo de mentira y se puso a agitarlo a izquierda y derecha de modo que, sobre todo los hombres, se apartaban dando pequeños saltos, y las mujeres saltos del mismo tamaño pero acompañados de grititos histéricos. El amigo gay que se nos había presentado en el lavabo, Guillermo, encontró un ingrediente más para la comitiva, que según esperaba, causó una enorme impresión: con un dispensador arrancado de los lavabos iba arrojando porciones de jabón líquido sobre la multitud. Desde luego, ganamos el concurso del grupo más detestado del baile. Yo intentaba pararlo:

—¡Maribel, si ya hemos ganado! ¿Qué más quieres? ¡Y dile a Guillermo que pare de hacer esa garrada!

Pero se había producido una circunstancia fatal, que era que Maribel y Guillermo se habían hecho amigos, al menos, cómplices ocasionales. Y no hay nada peor para una pareja, incluso una pareja que se ha disuelto muchas veces, que la amistad de ella con un gay. Es una amistad que suele convertirse en invulnerable. ¡Cuántas parejas estables en apariencia se han roto para siempre al aparecer un tercero que encima no le echa los tejos a ninguno de los dos!

Cuando Maribel lo decidió así, llegamos al centro geográfico del recinto de la fiesta. Y entonces, por su decisión soberana, es decir, porque le dio la gana, sin que mereciera la pena consultarme, alcanzó su momento de apoteosis.

Maribel consiguió, no sé cómo, pero con la complicidad activa de Guillermo, que la orquesta parara de tocar, y el tambor iniciara un redoble de esos que parece que no tienen final. Usando de malas maneras mi adminículo de cartón-piedra, Maribel hizo un hueco entre la multitud festiva, lanzó un zapato al aire, y eso significó una señal para la orquesta, que comenzó a tocar una insinuante melodía, a cuyo ritmo lento empezó a moverse ella jugueteando con el cartón-piedra como si fuera de carne y carne, sin nada de hueso.

Aquello era demasiado. Yo intentaba recoger el aparato inmenso, y ella aprovechaba las oscilaciones que eso provocaba en el armazón, para revolverse mientras se despojaba del vestido.

La multitud aplaudía, arrobada y enfebrecida. Yo nunca me había visto como protagonista de un espectáculo como aquel. Cuando conseguí, con movimientos exagerados, que Maribel parara, ya sólo le quedaban encima el sombrero, las bragas, y el ligero, que delataba que aquello no era improvisado. Lo que sigo sin saber es si Guillermo estaba ya en el ajo antes de que entráramos al baile.

La música cesó, y una gran ovación surgió espontánea del público. Maribel saludó agradecida y yo no pude menos que admirar su cuerpo.

A pesar de bordear la sesentena seguía teniendo unas caderas y una cintura espléndidas. Pero no era momento de hacerle más fiesta. Estaba saturada de admiración y admiradores.

Guillermo, que era un fichaje ejemplar, acudió con un abrigo, presto a cubrir todas las necesidades de la mujer a la que no amaba, a la que no deseaba, pero que era evidentemente una diosa para él.

Yo aproveché que la atención general se alejaba de mí, para recoger mis tristes y ya muy deteriorados atributos de cartón dentro de la arpillera.

Fuera ya del centro de atención, me encontré al lado de un personaje barojiano, un trasunto de un magnífico escritor madrileño, que me resultaba más próximo que los Obélix y las Marilynnes:

—Qué buen disfraz, parece usted Manolo Longares —le dije sin pensarlo dos veces.

—Es que soy Longares. Y no voy disfrazado.

Se rió por debajo del bigotillo canoso, y se dio la vuelta dejándome una vez más desvalido en medio de aquella vorágine de identidades repetidas.

Cumplidos los que supuse que eran los momentos finales de su efímera gloria, Maribel le hizo un gesto autoritario a Guillermo, que con su disfraz de Marilyn y su relación lesbica con Maribel levantó nuevos aplausos.

Y nos fuimos.

Antes de despedirnos a la puerta de la calle Guillermo se acercó a mí con un aire de pedigüeño:

—¿Conoces mucho a González?

—¿A qué González? —respondí sinceramente sin saber a quién se refería.

—¡A quién va a ser! —y compuso una expresión de escándalo—, ¡al monstruo!

Veníamos de un sitio lleno de monstruos, cómo iba yo a saber a qué monstruo González se refería. Un apellido así valía para cualquier reptil o animal prehistórico imaginable. Yo creo que en el principio de los tiempos todos los bichos ya debían llamarse Martínez, González o García, porque si no ¿a qué viene que ahora tanta gente se llame así?

—A Gabriel —dijo Guillermo—, es un monstruo de la creación publicitaria, es el máximo, el más grande, ¿me lo presentarás alguna vez?

—Guillermo, no le conozco apenas, he hablado con él como mucho quince segundos, y he quedado para comer la semana que viene. Creo que el lunes, o sea, mañana.

Guillermo parecía carecer de todo sentido de la urbanidad y me hizo una propuesta insólita:

—Pues llévame contigo... Bueno, perdona, quizá sea muy pronto, fija tú la fecha y busca cualquier pretexto, por ejemplo que tengo una hermana que está muy buena... Ja, ja, ja... Perdona, era una broma. No te arrepentirás, Gálvez, te dejaré muy bien.

Maribel nos interrumpió mientras llamaba un taxi. Como tardaba en acercarse, agitó mi miembro de cartón piedra para captar su atención. Lo consiguió y el taxi aparcó. Maribel, ayudada por el solícito Guillermo, metió otra vez el prodigioso instrumento, e indicó la dirección al taxista apresurándose para que no le diera tiempo a hacer ningún comentario. Todo fue muy tranquilo hasta llegar al portal de Maribel.

Eso sí, una vez en casa la llamé guarra. No se me ocurrió nada más adecuado vistas la fiesta y el numerito. A ella le dio lo mismo.

Fue muy liberador quitarme de encima toda la morralla inverosímil. Ya preparados para acostarnos Maribel me dijo:

—Yo mañana me levanto a las ocho. ¿Te llamo o no?

—Claro, mujer, tengo que ir a buscar trabajo.

—¿Vas al mercado de abastos a descargar camiones?

—Sabes que no, tengo que inventarme cosas, llamar a amigos que tengan influencias...

—Pues a mí no me cuentes nada de lo que resulte de tus gestiones. Estoy en contra del tráfico de influencias. No te lo he dicho pero estoy en Podemos, y vamos a llevar a cabo una lucha implacable contra la corrupción con la que tú y tu generación habéis enfangado este país.

Podría decir, inventándola, que le di una respuesta brillante. Pero no fue así. Ni siquiera le recordé que su generación casi coincidía en todo con la mía. Me dormí como

pude intentando no soñar con un falo gigante que me perseguía por todo Madrid jaleado por una ruidosa asamblea presidida por Maribel, en la que miles de militantes de Podemos se desgañitaban cantando eslóganes contra la oposición venezolana y a favor de la libertad. Así estaban Madrid y mis sueños por entonces.